

ASOCIACIÓN DE JÓVENES HISTORIADORES Y ARQUEÓLOGOS DE MURCIA

PANTA REI
REVISTA DE CIENCIA
Y
DIDÁCTICA
DE LA HISTORIA
II - 2^a época

MURCIA 2007

CLÁSICOS DE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA: H. I. MARROU y *El conocimiento de la historia*

ANA R. LLORACH ASUNCIÓN

«¿Qué es la historia? A juzgar por lo que habitualmente
oímos, parece indispensable volver a plantear la cuestión.»

Paul Veyne¹.

¿Quién es Marrou?²

Henri-Irénée Marrou nace en Marsella en 1904, donde se diploma brillantemente en el liceo Adolphe Thiers. En 1929 obtiene la habilitación para impartir clases de historia y geografía en la escuela superior y un año después, con recomendación de Jerome Carcopino, entra en la École Française de Roma donde prepara su tesis doctoral y participa en diversas excavaciones arqueológicas. A los treinta y tres años publica dos de sus más importantes estudios: su tesis doctoral, *San Agustín y el fin de la cultura antigua* e *Historia de la educación en la Antigüedad*, publicada un año más tarde, ambas se convirtieron en referentes indispensables en sus respectivos campos. A este brillante comienzo continuó una intensa investigación reflejada en multitud de artículos que combina con su labor docente en el marco de los años de la segunda Guerra Mundial. El 11 de septiembre de 1939 es enrolado como oficial del servicio de salud, en esos momentos es maestro de conferencias en la Universidad de Nancy

1 VEYNE, P. *Cómo se escribe la Historia. Foucault revoluciona la Historia*, Madrid, 1984, 1ª ed. en francés, 1971, p. 9.

2 PALANQUE, J.R. «Notice sur la vie et les travaux de Herri-Iréné Marrou», *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 1978, 401-418; HILARIE, Y.M. *De Renan á Marroue. L'histoire du christianisme et les progrès de la méthode historique (1836-1968)*, Presses Universitaires du Septentrion, Villeneuve d'Ascq., 1999; RICHIÉ, P. *Herri-Iréné Marrou, historien engagé*, Paris, 2003.

y había ejercido en la Universidad de El Cairo como profesor de literatura. Participa en las operaciones de salvamento de los miembros de la comunidad judía lionesa y en 1940, no pude regresar a Nancy, situada en la zona ocupada, por lo que permanece en la Universidad de Montpellier, donde se incorpora a la resistencia contra la ocupación nazi.

En octubre de 1941 es nombrado maestro de conferencias en la universidad de Lyon, donde acepta dirigir un grupo de estudiantes. A partir de 1945 comienza una etapa muy fecunda desde la cátedra de Historia Antigua de la Sorbona que ha quedado reflejada en la publicación de multitud de artículos, ensayos y monografías así como en su colaboración en la colección *Sources Chrétiennes* con *A Diognète, introduction, édition critique et commentaire* (1952) y la obra de Clemente de Alejandría *El Pedagogo*, por citar algunos hitos relevantes.

Participó también en proyectos de largo alcance: a él debemos la fundación de la revista *Etudes Augustiniennes* y la finalización y publicación del *Dictionnaire d'Archeologie Chrétienne et de Liturgie*. El 3 de febrero de 1967 es elegido miembro de la Académie des Inscriptions et Belles-Lettres. Vive muy de cerca los acontecimientos cruciales de 1968: como profesor los disturbios universitarios de mayo, como cristiano e investigador del cristianismo el Concilio Vaticano II. Junto a otros intelectuales cristianos crea la revista *Les quatre fleuves* en 1973. A la edad de setenta años deja la enseñanza universitaria para dedicarse al *Centro di recherche sul cristianesimo antico*. Hasta el momento de su muerte mantuvo activa su vida intelectual: en 1976 publicó *Patrística y humanismo* y poco después de su muerte apareció su último trabajo *¿Decadencia romana o antigüedad tardía?* Es considerado uno de los forjadores del estudio sobre la Antigüedad Tardía³.

La reflexión sobre la Historia, faceta de Marrou que queremos resaltar, acompañó desde los primeros momentos a su actividad de investigador: Su primera publicación sobre filosofía de la historia es una participación, que firma bajo el seudónimo de Henri Davenson, en 1941 en el estudio que edita A. Béguin sobre Henri Bergson⁴ con el capítulo «Bergson et l'histoire». A partir de entonces desarrolla un discurso metodológico y filosófico que irá publicando en distintos artículos tanto en revistas

3 MOLINA GOMEZ, J.A. «Henri Irénée Marrou», *Antigüedad y Cristianismo* XIX, 2002, p. 379-397, donde se recoge minuciosamente su extensa bibliografía, incluyendo aquellos trabajos que Marrou firma bajo el seudónimo de Henri Davenson.

4 *Ibid.*, p. 385; DAVENSON, H. «Bergson et l'histoire» en A. BÉGUIN (ed.), *Henri Bergson*, Boudry, 1941, 213-221. Bergson (1859-1941) se inscribe en el contexto de la crítica al positivismo y al neokantismo. Destaca especialmente su enfoque vitalista y su interés por el pragmatismo. Su idea central es la duración: no solamente el hombre se percibe a sí mismo como *durée réelle* (idea fundamental que desarrolla en *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* y en *Materia y memoria* 1896), sino que también la realidad entera es duración (idea que desarrolla en *La evolución creadora*).

de historia como de filosofía⁵. En líneas generales su pensamiento se recoge en dos ensayos: *De la connaissance historique*, publicado en 1954, y *la Teología de la Historia*, publicada en 1968 cuando ya contaba los sesenta y cuatro años.

La analítica histórica de Marrou

Calificar a Marrou cómo un clásico en el estudio de la filosofía de la historia no necesita de justificación, sin embargo puede resultar útil para nuestros propósitos. Se entiende como clásica aquella producción intelectual o artística que no pierde validez con el paso del tiempo. Generalmente es debido a que trata problemas fundamentales para la materia sobre la que versa, y nada más fundamental para la Historia que la forma que tenemos de conocerla y los límites que alcanza nuestro conocimiento.

A mediados del siglo pasado se impuso la necesidad de reflexionar sobre los fundamentos del conocimiento, tendencia que se localiza en todas las áreas del saber. Esta preocupación epistemológica afectó profundamente al discurso histórico, revelando una problemática que no podremos ya eludir. Por este motivo, la reflexión de Veyne, citada como introducción, continúa estando presente y abierta. Abierta, pero no en blanco.

Dentro de la historiografía francesa Arón, al cual debe Marrou la gran parte de sus presupuestos⁶, el propio Marrou y posteriormente Veyne establecen los fundamentos de discurso histórico tras la Escuela de los Anales, retomando la cuestión en el punto en el que ésta la dejó⁷. En efecto, Marc Bloch y Lucien Febvre, los mayores representantes de la escuela de los Anales, suponen en Francia los inicios de la crítica al historicismo, subrayando la importancia del historiador en el proceso cognitivo sobre el pasado y situando al Hombre como objeto de conocimiento de la historia, aunque no llegaron a establecer una teoría completa sobre el discurso histórico⁸. Las

5 Antes y después de la publicación de *Conocimiento*: «La méthodologie historique: orientations actuelles», *RH*, 1853, 215-230; «Rapport sur la théologie de l'histoire», *Augustinus Magister, Comunicaciones*, 3 *Actes* 193-204; «L'histoire et les historiens 2 chronique méthodologie historique», *RH*, 1957, 270-289; «La philosophie de l'histoire» en R. KLINBANSKY (ed.), *Philosophy in the Mid-Century*, Firenze, 1958, t. III, 177-188; «La foi historique» *Les Études philosophiques*, 1959, 151-161; «Les limites aux apports de l'histoire», *Encyclopédie française*, XX, *Le monde en devenir*, 7-20; «Qu'est-ce que l'histoire?» en Ch. SAMARAN (dir.), *L'histoire et ses méthodes*, París, 1961, 4-33; «Comment comprendre la métier d'historien»; «Théorie et pratique de l'histoire, 3^e chronique de méthodologie historique», *RH* 233, 1965, 130-170; «La épistémologie de l'histoire en France aujourd'hui» en F. ENGEL-JANOSI et al., *Denker über Geschichte*, Wien, 1964, 97-110.

6 Esto no sólo se ha comprobado por parte de los historiadores, sino que es manifestada por ambos al comienzo de sus obras.

7 BERMEJO, J.C. *El final de la Historia. Ensayos de historia teórica*, Madrid, 1987, p. 44-53.

8 *Ibid.*, p. 45. Bermejo analiza estas aportaciones como poco novedosas, ya que, según él, la importancia agente del historiador ya estaba presente en los positivistas (como Meyer). Indica además que si el hombre era el conocimiento último de la historia, el sistema de trabajo era documental para la Escuela de los Anales.

reflexiones de R. Arón fueron más allá, confiriendo un papel mucho más importante al historiador: «el historiador es capaz de comprender de forma directa una sucesión de hechos», «para despertar el pasado humano no necesitamos de la ciencia, sino sólo de los documentos y nuestra experiencia». Esto tiene gran importancia, pues se sitúa el punto de vista del historiador, obtenido gracias a la experiencia, como condición indispensable para el conocimiento del pasado. Experiencia, no sólo en la investigación, sino experiencia cotidiana y vital.

Su gran aportación es la definición de dos conceptos clave para la historia: «acontecimiento» y «causa». Para Arón, el acontecimiento es ontológicamente contingente y además no separable de la conciencia que lo percibe. El concepto de causa, por otra parte, que no sirve para explicar sino comprender un acontecimiento dado, se establece mediante un proceso de selección de información, lo cual supone una diferenciación radical del método nemológico-deductivo de las ciencias naturales. El alcance de su teoría, como se comprenderá, es muy profundo y afecta por completo al concepto de verdad en historia. Marrou establece en su obra *Sobre el conocimiento de la historia* una síntesis de las cuestiones básicas de esta problemática, ofreciendo las soluciones que, hasta su momento, se habían propuesto en un discurso completo y coherente⁹.

Entremos ya, teniendo en cuenta lo anteriormente expuesto, en la obra que nos hemos propuesto comentar. Para realizar esta rápida visita usaremos tres preguntas claves: a) ¿qué es la historia?, b) ¿qué papel juegan historiador y documentos en la comprensión de la historia?, y c) ¿por qué hacemos historia?

a) La piedra angular de toda su exposición es la definición de historia: «la historia es el conocimiento del pasado humano»¹⁰. El enunciado, aparentemente sencillo, contiene toda una problemática que irá desvelando a lo largo de la argumentación. Todos los conceptos implicados están cuidadosamente escogidos: el término «humano» está elegido por su amplitud, se refiere a todo lo que es propio del hombre (la sociedad, las creencias, los acontecimientos, etc.); Evita así la definición de los Anales «historia como conocimiento del hombre pasado» pero al tiempo la contiene. Su objeto de estudio es el «pasado» aunque la comprensión se realice desde

9 MARROU, H.I. *El conocimiento de la historia*: (a partir de ahora citado como *Conocimiento*) «Esta pequeña obra está concebida como una introducción filosófica al estudio de la historia; en ella se hallará una respuesta a las cuestiones fundamentales: ¿Cuál es la verdad de la historia? ¿Qué grados y límites tiene esta verdad? ¿En qué condiciones puede elaborarse? ¿Cuál es el comportamiento correcto de la razón cuando se aplica al campo de lo histórico? Esta introducción se dirige: al estudiante universitario que ha llegado a los umbrales del investigar y ansía saber lo que supondrá su conversión en historiador...». Compárese con la obra de R. ARON, que consta de dos extensos tomos, *Introducción a la Filosofía de la Historia*, donde se utiliza un lenguaje mucho más técnico.

10 *Conocimiento*, p. 27.

el presente¹¹. Con todo, el concepto más importante en su argumentación será el de «conocimiento» que se entiende como «elaborado en función de un método sistemático y riguroso, el conocimiento que se ha revelado como representante del factor óptimo de verdad»¹². No podría definirse como «narración», ya que para él la Historia existe en la mente del historiador antes de que la haya escrito¹³, por otra parte, concebirla como investigación sería confundir el fin con los medios. Toda su argumentación se dedica a definir las características de este conocimiento, en el que destacan dos realidades clave: el historiador y los documentos, a pesar de que ninguno aparezca explícitamente en la definición propuesta.

b) «La filosofía crítica de la historia viene a quedar reducida a un patentizar lo decisivo del papel que desempeña, en la elaboración del conocimiento histórico, la intervención activa del historiador, con su pensamiento y personalidad. Ya no diremos: «la historia es por desgracia, inseparable del historiador»...»¹⁴, lo hemos visto en R. Arón, como una de las principales oposiciones al positivismo. Marrou va un poco más lejos: si son las condiciones subjetivas del conocimiento histórico las que posibilitan, al tiempo que limitan, el conocimiento histórico¹⁵ entonces: «el valor del conocimiento histórico está en función directa de la riqueza interior, de la calidad del alma del historiador que lo elabora»¹⁶.

Sentada la importancia del sujeto cognoscente, el historiador, la otra parte en la definición de historia son los documentos¹⁷, que aparecen implícitamente en la definición. Continuando con la tradición de la escuela de los Anales, el concepto de documento es muy amplio. Sin embargo los documentos proporcionan la base, sólo «en la medida en que el historiador puede y sabe *comprender* algo»¹⁸. Es decir cuando se

11 Diferenciándose así de la re-actualización de Collingwood, más que traer el pasado a nuestro presente se trata de llevar nuestro presente al pasado, el *conocimiento del otro*, como veremos esto entronca con el concepto de «simpatía» y con la función «enriquecedora» de la historia. No hay que entender que para Marrou la historia sólo exista en el pensamiento, como en el caso de Collingwood. Cfr., *Ibíd.* p. 67.

12 *Ibíd.*, p. 28.

13 Esta idea no supone una novedad, es compartida por muchos autores, como Arón y Collingwood, será rechazada por Veyne que dirá «la historia es la narración de acontecimientos verdaderos»; VEYNE, P. *Cómo se escribe la Historia. Foucault revoluciona la Historia*, Madrid, 1984, p. 13.

14 *Conocimiento.*, p. 41.

15 *Ibíd.*, p. 73.

16 *Ibíd.*, p. 77.

17 Su exposición sobre el trabajo con los documentos muy detallada, no intentaremos resumirla aquí. Baste señalar que el trabajo debe ser crítico (una crítica de autenticidad, una crítica de origen, crítica interna y de credibilidad). En lo que se refiere a los documentos escritos: «la verdad de nuestra historia dependerá de la calidad de operaciones efectuadas, fuera de nuestro control, por el editor, y, en primer lugar, de la validez de las disciplinas de que éste se haya servido» Recordemos también la importante labor en el campo de la edición crítica de fuentes. *Ibíd.*, p. 90.

18 *Ibíd.*, p. 63.

puede establecer una inteligibilidad, un orden que les confiera sentido dentro del discurso histórico: «la historia no alcanza inteligibilidad sino en cuanto se muestra capaz de establecer, de descubrir las relaciones que unen cada etapa del devenir humano a sus antecedentes y a sus consiguientes. Así como, estáticamente, una situación históricamente observada en un instante se revela siempre más o menos estructurada, así el desarrollo de los instantes sucesivos es algo más que una línea discontinua de átomos de realidad»¹⁹.

Entre las posibles relaciones, la más usada es la «causa». La noción en Marrou de causa es exactamente la misma que la de Arón: los acontecimientos son contingentes, el trabajo del historiador no es establecer leyes, «solamente ofrecer, a lo sumo, en esta búsqueda de las causas, hipótesis verosímiles, basadas en un cálculo de probabilidad retrospectiva. Tomo esta expresión de R. Arón, quien me parece que aquí ha dado perfecta cuenta del comportamiento del historiador»²⁰.

c) Vistas las líneas generales para el desarrollo de su definición de historia, atendamos ahora a nuestra tercera pregunta: ¿para qué sirve la historia? Responderla no es objetivo principal de la obra, pero la contestación deviene fácilmente a lo largo de la argumentación.

La utilidad de la historia tiene dos vertientes: personal y social. La primera afecta al historiador, sin embargo, es importante señalar que, Marrou utiliza el término «hombre historiador», entendiéndolo no sólo como profesión, sino como actitud: «Así pues, yo asignaría a la historia, como una de sus funciones esenciales, este enriquecimiento interior mediante la captación de valores culturales recuperados del pasado»²¹. El acercamiento *al otro*, con una actitud abierta es indispensable para el conocimiento de la historia, aporta parte de esa experiencia de la que hemos hablado antes, necesaria a su vez para adquirir más capacidad de conocer. En este sentido intenta dotar de un nuevo significado el enunciado *historia magistra vitae*: «a esta fórmula se le puede dar un sentido profundo: descubriendo a los hombres es como yo aprendo a conocer mejor qué es el hombre, el hombre que yo soy, con todas sus virtualidades, espléndidas unas, afrentosas otras». Como fruto de este enriquecimiento, el hombre historiador adquiere conciencia de la complejidad que le rodea y éste es su mayor beneficio, su planteamiento es profundamente humanista: «al tener que habérselas con esta ambigüedad irreducible, el hombre historiador adquiere un sentido más agudo de su responsabilidad, del significado de su compromiso, del valor de su libre decisión (...) El hombre ha llegado a ser plenamente consciente, que avanza con los ojos bien abiertos, no embaucado, no caminando como un buey, con la testuz inclinada hacia el surco, sino con la cabeza bien alta, contemplando el inmenso horizonte

19 *Ibid.*, p. 31.

20 *Ibid.*, p. 133.

21 *Ibid.*, p. 183.

que se abre a los cuatro vientos de su espíritu. Sabe muy bien que nada hay simple, que no es lo mismo el juego que la realidad, que muchas posibilidades aguardan y pueden realizarse o no. Escoge y juzga. No se embriaga con el éxito, cuyos límites, precariedad e incertidumbre conoce...»²².

La historia cumple, está claro en Marrou, una función social, ya hemos visto cómo de este enriquecimiento alcanza una categoría ontológica, pues afecta al «hombre historiador», aquel que consume historia de una forma activa. Éste es el motivo por el cual encontramos constantes alusiones a la responsabilidad del historiador. De aquí se deriva también la importancia de transmitir el conocimiento de forma escrita: «para cumplir bien con su tarea, para cumplir verdaderamente con su cometido al historiador le es también necesario ser un gran escritor. Esta evidencia ha sido oscurecida por las discusiones que nuestros predecesores sostuvieron en trono al tema «Que la historia debe ser una ciencia y no un arte»²³.

El pensamiento de Marrou en el marco de las tendencias actuales de la historia

Tras los planteamientos de crítica radical de tipo tradicional y de los metadiscursos legitimantes, hemos de preguntarnos si la obra de Marrou y su pensamiento científico y metodológico han envejecido. Antes de responder hay que decir que Marrou es protagonista en las discusiones que sobre el tema tienen lugar hasta el día de su muerte en 1977 y que para entender la obra de Marrou, es necesario atender no sólo a su discurso sobre el conocimiento, ya que parte de sus reflexiones se dirigen también al sentido de la Historia como objeto de este conocimiento²⁴, dentro de lo que se ha denominado como metafísica de la historia. En este aspecto Marrou elabora un completo discurso que expondrá en *Teología de la Historia* (París, 1968), complemento a la obra que aquí analizamos, donde una vez aceptado el carácter limitado del conocimiento histórico, la teología viene a explicarlo en última instancia: «ningún hombre vivo podrá jamás apreciar el alcance definitivo de un acontecimiento histórico, las consecuencias imprevistas a las que dará lugar y, en definitiva, lo único que importaría, su significación sobrenatural, su contribución al avance del Reino, o, por el contrario, al retraso de su advenimiento»²⁵. Es decir, frente a nuestro carácter limitado, se sitúa la omnipotencia de Dios.

22 *Ibid.*, p. 200.

23 *Ibid.*, p. 208.

24 Marrou defiende la existencia de la historia como objeto en términos kantianos: «diremos que el objeto de la historia se nos presenta en cierto modo, ontológicamente, como «noumēno», existe, cierto, pues sin él hasta la noción misma de conocimiento histórico sería absurda; pero no podemos describirlo, pues en cuanto es aprendido lo es ya como conocimiento y, desde ese mismo instante, ha sufrido toda una metamorfosis; se halla como remodelado por las categorías del sujeto cognoscente», *Ibid.*, p. 33.

25 BERMEJO, J.C. *Replanteamiento de la Historia. Ensayos de historia teórica II*, Madrid, 1989, p. 28.

Es muy significativo que no se refiera directamente a esta teoría en *Conocimiento*²⁶. La explicación podría estar en que las obras versan sobre cuestiones diferentes²⁷. En el *Conocimiento* se trata de establecer los procesos mentales del historiador, en *La Teología* sobre el sentido último del objeto de conocimiento del historiador. Evidentemente estas afirmaciones se complementan en Marrou, pero en la reflexión particular del lector, la primera no implica necesariamente a la segunda²⁸, o lo que es lo mismo, se puede aceptar los límites del conocimiento historiador tal y como Marrou los expone sin aceptar existencia de una «significación sobrenatural» de la historia.

No obstante estos límites son espinosos para muchos historiadores que han visto en Marrou demasiadas concesiones al subjetivismo: ¿no se está admitiendo la imposibilidad de «verdad» en historia? Así lo considera Bermejo, por ejemplo, que se refiere a Marrou con estas palabras: «El uso de la noción de simpatía o de la propia noción de comprensión, si no se llevan a cabo con cierta precaución pueden hacer que el historiador se deslice hacia un franco subjetivismo, como en el caso de H. I. Marrou (...) Desarrollos de este tipo son una consecuencia previsible de las formas que podrían ir tomando estas teorías construidas en base a nociones como la de comprensión o simpatía, pero que no suponen, claro está, ninguna innovación ni mejora de la estructura de la propia teoría, como la que por ejemplo, había llevado a cabo R. Arón. Puede también darse el caso de que teorías de este tipo acaben por servir de base a concepciones plenamente irracionistas de la Historia y del conocimiento histórico, por ejemplo, aquellas que exageran los matices de carácter nacional (...)»²⁹.

Pensamos que la opinión de Bermejo no es acertada ya que Marrou, aún llevando la teoría de R. Arón a sus últimas consecuencias, se preocupa de incorporar los conceptos de verdad y validez para el conocimiento histórico. Los encontramos en toda su obra, incluso le dedica un capítulo a este grave asunto: «Así, nuestra teoría de la historia puede desenvolverse libremente, sin verse obligada entre un ciego dogmatis-

26 Por todas partes encontramos alusiones al carácter limitado de la naturaleza humana, sólo en dos ocasiones en toda la obra: Dios es sugerido como un ejemplo de aspiración irrealizable «Que el descubrimiento de tus limitaciones no te abrume: si eres tan sólo un hombre, no eres Dios. Puedes saber algo del pasado, pero no todo. Se humilde, no te hanches de ilusiones, aprende a medir la fuerza de tu brazo, la duración de tus días. Acepta de buen grado (ya que quiéraslo o no se te impondrán) las servidumbres, lógicas y técnicas, que pesan sobre tu esfuerzo, delimitando y determinando el campo de su aplicación.» *Conocimiento*, p. 172; «el hombre historiador sabe, por el contrario que él no puede saberlo todo, no se considera sino mero hombre y acepta con sencillez el no ser Dios», *Ibíd.*, p. 199.

27 Así opina también J.L. ILLANES MAESTRE en la introducción a la edición de *Teología de la Historia*, RIALP, Madrid, 1978.

28 HELLER, A. *Teoría de la historia*, Barcelona, 1988, p.158. Véase su distinción entre «alta teoría» y «teoría aplicada».

29 BERMEJO, J.C. *El final de la Historia. Ensayos de historia teórica*, Madrid, 1987, p. 50.

mo y un escepticismo descorazonador. La historia es muy susceptible de una verdad que puede ser auténtica, aunque dependa de los instrumentos mentales que han permitido elaborarla»³⁰.

El problema de la objetividad se refleja sobretodo en el uso de conceptos, los cuales aplicamos de forma general al conocimiento histórico («leyes», «religión», «ciudadanía», «conflicto», «felicidad», «belleza», etc.). La definición y precisión, el acercamiento a su significación pasada, es muy importante para una correcta aplicación, la cual, no sólo será inevitable sino que resultará necesaria y enriquecedora³¹.

El concepto «subjetivo» en investigación continúa aplicándose con matiz peyorativo, pero los avances en Epistemología no pueden ser obviados. Las tesis de Kant según la cual «el conocimiento episteme es posible porque nosotros no somos receptores pasivos de los datos sensoriales sino asimiladores activos» y por tanto la importancia del sujeto cognoscente dentro de la teoría del conocimiento, es incuestionable para la Epistemología y la Filosofía actual, revolucionando los conceptos de verdad y certeza, aunque no necesariamente negándolos. Por otra parte, su aplicación a las llamadas Ciencias del Espíritu fue extraordinariamente formulada por Heidegger (*Ser y Tiempo*, 1927) y por Gadamer (*Verdad y Método*, 1960) con la definición del «circulo hermenéutico», de alcance ontológico. Marrou participa de estas teorías que se desarrollaron en toda Europa alcanzando las mismas conclusiones.

Por eso cuando tal radicalidad llega al gran público en los años 80, en la llamada postmodernidad, los planteamientos son todo menos nuevos y la importancia del agente cognoscente se desarrolla mostrando interés por aspectos como por ejemplo el lenguaje.

Marrou fue un precedente de los que entienden la postmodernidad como una época de libertad, de liberación de yugos opresores del pensamiento³², no acepta imposiciones sobre el criterio de objetividad, dirá: «a su ilusorio ideal del «conocimiento válido para todos» (se refiere al positivismo) opondría el de la verdad válida *para mi*, tomándolo como garantía de seriedad, exigencia y rigor»³³. Por lo tanto, el «criterio de óptima validez» se garantiza por lo que él llama «honradez científica»³⁴: «Consciente de esta responsabilidad, el historiador habrá de hacer entonces cuanto esté en su mano para llegar a ser capaz del máximo de verdad y, con este fin, acallará

30 *Conocimiento*, p. 177.

31 Es muy interesante su distinción de los distintos tipos de conceptos que se aplican. Veyne coincide en esto totalmente, sobre la importancia de los conceptos aplicados por el historiador dice: «los usamos instintivamente pero no podemos definirlos sin arbitrariedad. Son un problema pero son necesarios». VEYNE, P. *Cómo se escribe la Historia. Foucault revoluciona la Historia*, Madrid, 1984, p.89.

32 BALLESTEROS, J. *La postmodernidad: decadencia o resistencia*, Madrid, Tecnos, 2000.

33 *Conocimiento*, p. 162.

34 *Ibíd.*, p. 175.

sus pasiones internas, empezando por aquellas que nutre y fomenta en su interior su compromiso existencial. Le recomendaremos también, por cierto, que adquiera conciencia de esa pasión central y de sus presupuestos (...)»³⁵.

Podemos decir también que Marrou predicó con el ejemplo: sólo en el sentido de la «honradez científica» puede entenderse la *Retractatio*. La copia manuscrita de la *Retractatio* fue presentada en 1936³⁶, mucho antes de comenzar sus escritos sobre metodología y filosofía de la historia. Supone una revisión de sus anteriores teorías sobre San Agustín y en definitiva sobre la Antigüedad Tardía, declarando que fueron creadas a partir de una mala aplicación del concepto de decadencia. Desde Gibbon se había admitido la decadencia del Imperio Romano como una degradación en todos los sentidos pero especialmente en el cultural y, así, el joven Marrou interpretó la obra de San Agustín como exponente del final de una época. Posteriores estudios y reflexiones le condujeron a replantear sus presupuestos. Entendió que la Antigüedad Tardía era una época con entidad propia que no podía definirse sólo como degeneración de la anterior, y sobretodo entendió la importancia de las preconcepciones.

A grandes rasgos, hemos entresacado las respuestas de Marrou a las preguntas con las que iniciamos este rápido recorrido por su *Conocimiento*. Desgajándolas de su discurso original, han perdido mucho sabor, ya que Marrou, como hemos señalado, se preocupaba mucho por aquello de «ser un buen escritor». Han perdido también los ejemplos que las ilustraban, que son muchos y variados, abarcando desde la antigüedad hasta la historia contemporánea. Recomendamos que se encuentren personalmente y que se mediten, porque Marrou es un pensador cuya actualidad esta fuera de toda discusión.

35 *Ibid.*, p. 161.

36 Según se comenta en una anotación de la cuarta edición: MARROU, H.I. *Retractatio á sait Augustin et le fin de la culture antique*, Paris, 1994.